

Enseñanza católica, ¿para qué?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA Iglesia oficial ha sufrido y está sufriendo ahora también en España un error mayúsculo de perspectiva. Con su miope visión sigue aferrada a sus rutinas de antaño, y olvida el mal resultado de esta hegemonía que ha ejercido en todos los órdenes del país: prensa, espectáculos, radio, televisión, y —sobre todo— en los colegios y escuelas.

La lectura de un libro "escandaloso" que acaba de publicar la Editorial Popular, me sugiere estas reflexiones. Es el libro de un jesuita que vive desde hace años entre los emigrantes españoles. Un hombre batallador y tenaz que se llama Javier Domínguez, y titula su obra así: "Enseñanza católica para una generación". El mismo fue "víctima y testigo" de esta generación enseñada dentro de los módulos católico-hispanos.

Los jesuitas han querido evitar la publicación de este libro. Pero su autor —agudo como buen jesuita— se adelantó a las cortapisas que le pusieron. Y cuando sus superiores quisieron recordar, ya estaba el libro en la calle con sus 148 enjundiosas páginas, que valen por muchas aburridas páginas religiosas de los periódicos y revistas españoles con su falta de análisis de la realidad.

Me voy a limitar hoy a comentar la primera parte: la que dedica a la educación en los colegios católicos. Otro día escribiré sobre la formación que recibió para llegar a ser jesuita. Pero, antes, haré una advertencia para timoratos, que me ha sugerido el viaje que he hecho al convento de San Juan de la Cruz, en Segovia, donde está el sepulcro del Santo, expresión del peor gusto eclesiástico lujosamente cursi de los años franquistas.

El insignificante San Juan de la Cruz tuvo muchas dificultades con su Orden. Pero las resolvió por un solo medio: el expeditivo de decir siempre, serena y firmemente, lo que pensaba. Enseñaba este místico que hay que tener "el valor de decir lo que las leyes de la justicia y de la caridad obligan a decir". Sin dejarse llevar "de la pusilanimidad o el temor de molestar a un superior". Por eso cuando, en una Orden religiosa, se cae en este prudencia-

lismo timorato, "la Orden está completamente perdida y arruinada".

Hemos de desvelar sin tapujos la enseñanza católica que hemos recibido los españoles en los colegios de religiosos durante estos años últimos, diciendo las cosas claras, porque los males no se arreglan nunca con paños calientes.

Eso hace Javier Domínguez. Y de entrada transcribe —para situar la cuestión— el texto editorial de la primera revista que publicó tras la guerra civil el Colegio de Areneros.

En ella se dice lo siguiente: "Entre todas las reformas llevadas a cabo por la España de Franco, quizá sea la más trascendental la de la enseñanza media. Tan trascendental la consideramos, que no dudamos en afirmar que, si la guerra con todos sus horrores hubiera sido el precio de esa reforma, ese precio casi pudiera pagarse".

¿Cabe monstruosidad más increíble? ¡Bañar con la sangre de los españoles lo más pacífico del mundo, que debe ser la educación en los principios del Evangelio!... Y esta tónica se transmitió en la enseñanza bajo tres prismas: el de la política de la "mística de los luceros", el de la formación religiosa en el nacional-catolicismo, y el de la transmisión complaciente del burgués-catolicismo como doctrina social católico-política.

La mística de los luceros suena hoy más bien al lucero del alba. Algo evasivista, ficticio y puramente verbal, que no tenía ni tiene más base que la de aquel cuento de "Caperucita azul", publicado en los años 40 para contrarrestar enérgicamente el antiguo color rojo del inocuo cuento infantil tradicional.

El nacional-catolicismo fue el de la división enconada entre las dos Españas. Teoría que expuso don Ramón Menéndez Pidal, y que recuerda Domínguez, trayendo a colación la expresiva frase del liberal Mariano José de Larra, aplicable literalmente a nuestra guerra civil, como producto del enfrentamiento entre las dos mitades del país: "Aquí yace media España. Murió de la otra media".

Por último, la tercera inspiración fue la social, después de aquella políti-

ca de los luceros de la fantasmal España imperial, "luz de Trento, martillo de herejes y espada de Roma"; y la religiosa del nacional-catolicismo que convertía el universalismo cristiano en una secta nacional, única poseedora de la verdad. Era esta doctrina un paternalismo social, predicado en púlpitos y escuelas, que se centraba en el "burgués-catolicismo". Sus enemigos eran los masones, los socialistas, los comunistas, productos todos ellos de la confabulación judaica que quería hundir a España. Y, para oponerse a ella, se inventaba el verticalismo sindical y el paternalismo de la sociedad económica autárquica de la posguerra. Aparecía, sin embargo, como un paso adelante superior del limosnero sistema eclesiástico de los libros de moral para confesores. Con este sistema se sentía uno ya libre de toda obligación si pagaba los escasos impuestos del Estado. Este "totalitariamente" se encargaba de resolver todos los problemas de la sociedad, según rezaba un famoso Catecismo Apologético editado por un colega del jesuita Domínguez.

Así se fomentaba, desde la más tierna infancia, el conformismo al régimen político franquista, y se hacía con la bendición de obispos, curas y religiosos que se sentían bien a gusto con sus privilegios estatales, vendida su primogenitura espiritual por un plato de lentejas, como hizo el materializado Esau en la época del Antiguo Testamento.

Hasta la comedida y moralizante doctrina social de la Iglesia era considerada como peligrosa en estos ambientes jesuíticos; pues sonaba a lucha de clases a muchos padres de alumnos.

Expresión de todo ello es la anécdota que cuenta Domínguez. Al pasar con su familia al lado franquista por la frontera de Irún, había un sacerdote que les examinó de Catecismo para así tener un más fiable salvoconducto y poder entrar en la zona nacional. ■